

idioma atrasado de nuestros padres, por el inglés, idioma del maquinismo, no es todavía una parte del programa de esos caballeros de "prestancia, conductores intelectuales, estadistas profesionales de muchos timbres, que son los rotarios". Y por lo mismo, tengo la ingenuidad de pensar que tanto dinero bueno de la América Latina, el dinero de los rotarios hispanoamericanos, se emplearía mejor en casa sosteniendo revistas en castellano, que yéndose a servir de apoyo a una Revista que el promedio de los nuestros no puede ni siquiera leer.

¿Por qué no fundar una buena Revista de juventud en Bogotá en vez de fomentar con dinero colombiano *The Rotarian* de Chicago? ¿Y también, se me permitirá la audacia, no sería mejor que ese dinero que se va al *Rotarian* de Chicago, que no necesita patronato, se empleara en pagar suscripciones de una humilde revista como *La Antorcha*, que por lo menos se ocupa de los intereses de nuestra raza en el Continente? Hago la pregunta, un poco en broma y otro poco para confundir a mis estimados amigos, pero descuiden, sé de sobra que un órgano como *La Antorcha* se sostiene del público o no se sostiene, no está hecho ni podría estarlo, para defender caballeros de prestancia, estadistas, y conductores intelectuales . . . que no necesitan de *La Antorcha* . . . el público humilde acaso sí encuentre en nuestras páginas algún aliento para las luchas terribles que tarde o temprano han de emprenderse contra la hipocresía y con eso basta para la gloria de *La Antorcha* . . .

No espero yo suscripciones rotarias, pero es elemental suponer que si nuestros pueblos padecen por falta de revistas y libros no es justo que los hombres de mayor prestancia colaboren para sostener revistas extranjeras y no hagan nada como no han hecho hasta hoy, para calmar la sed de cultura, la sed de lectura que agobia a nuestros compatriotas iberoamericanos.

Otra defensa de don Luis Eduardo nos sugiere un cargo, que no se nos ocurrió formular en el artículo inicial, pero que ahora aparece de bulto. Los Rotarios, sociedad de agentes de comercio, nos dice don Eduardo, se caracterizan por el espíritu de cooperación, de solidaridad, de servicio a la comunidad. Don Luis Eduardo repite textual el sermón metodista que se pronuncia en cada una de las sesiones rotarias . . . pero a mí me suena cómico ese léxico, de marca registrada protestante, en un liberal colombiano, más aún, un bogotano, tal como lo es don Luis Eduardo. Me imagino al bromista bogotano, ágil de espíritu que es Luis Eduardo con la toga protestante afirmando: nosotros nos ocupamos del servicio a la comunidad . . . Y no sé si está de broma o está de veras don Luis Eduardo cuando nos dice: muchas sombras han sido disipadas, muchas cruzadas benéficas han sido emprendidas, donde quiera que la rueda dentada ha servido de símbolo a los hombres.

Recojamos sin embargo, lo que está im-

plícito en el discurso rotario, el complejo especial de hombres que confunden y deforman valores. Advertid el caso de hombres que se reúnen para fines de su profesión comercial y tras de hablar de las alternativas de la bolsa, se levantan a pronunciar discursos sobre el servicio público y cruzadas de humanidad . . .

Hay en el latino cierto buen gusto y finura de espíritu, en que por cierto abundan los bogotanos, un aseo moral que no tolera se confundan, se ensucien, se contagien unos de otros determinados valores de la conducta. Se necesita de una confusión y una falta de estética verdaderamente puritanos, para que no resulte chocante una reunión de mercaderes entregada a lenguaje filantrópico y a tareas de hermanos de la caridad . . .

Nosotros en la desdeñada tradición de nuestros padres preferimos poner cada cosa en su sitio. Por eso nos repugna mezclar el ajeteo del mercado con los sermones del templo . . . Y no es que alimentemos ningún prejuicio contra el comercio legítimo, que tan útil ha sido en el desarrollo de la civilización y que hace a la gente cosmopolita y simpática . . . Tampoco nos desagradan el sermoneo; lo que nos horripila es la confusión de actividades que tienen su hora y su sitio, pero que revueltas se tornan una monstruosidad.

Acusé al Rotarismo de hacer propagandas políticas y en prueba cité el caso de varios Clubs de México que dieron su Visto Bueno a eso que el señor Nieto reconoce es infamia que salta a la vista: la elección que creó los actuales poderes del México Rotario. Señalé también el caso de la propaganda rotaria hecha en Colombia en favor del régimen rotario de México, por el Inspector general rotario Carvallo. En este caso concreto, el señor Nieto Caballero procede como el fraile del cuento, cuando dijo del prófugo . . . por aquí no pasó y metió la mano en la manga . . . El señor Nieto afirma que Carvallo nada dijo en Bogotá. A lo sumo le constará que no le dijo nada a él . . . De todas maneras, la palabra de don Luis está fuera de duda y yo el primero la acepto a ciegas . . . Pero igual crédito merece y en el mismo grado exactamente, la palabra de quien me relató los trabajos del señor Carvallo en San Salvador . . . Y el caso de Berrio, lo comprobé en persona y lo vuelvo a relatar ahora, ya que don Luis Eduardo salta sobre él, como sobre ascuas. Anotemos antes de seguir adelante que el señor Nieto Caballero se muestra falto de serenidad, por lo menos cuando se pone a defender a Carvallo, a causa de que nada le dijo a él . . . De esto no se deduce que Carvallo no haya hecho lo que yo afirmé. Yo no afirmé que Carvallo dijera algo a don Luis Eduardo porque no me consta y don Luis Eduardo a fuer de caballero seguramente lamentará haberse dejado llevar de la pasión rotaria para negar hechos que me constan, en nombre de experiencias suyas ajenas a los hechos que refiero . . .

Me rectifica el señor Nieto Caballero

acerca del nombre del Agente General Rotario; yo lo llamé Ballesteros y resulta que es Carvallo o viceversa; nunca me ocuparé de poner eso en orden. El personaje existe y existe su tarea subrepticia, con eso me basta. Del sujeto de Berrio, por ejemplo, nunca me preocupó conocer el nombre; hay casos en que es más piadoso no retener nombres, por piedad a las personas que padecen el mismo apellido . . . y por aseo mental es mejor no retener ciertas combinaciones de sílabas. La identidad de Carvallo la ha fijado el mismo don Luis Eduardo. La identidad del sujeto de Berrio la determino diciendo que es el mismo que publicó en el *Espectador* de Bogotá, nada menos, una larga correspondencia, en tercera plana, explicando a su manera mi recepción en Berrio . . . Y repitiendo la lección aprendida de Carvallo; hagan que les hable Vasconcelos de educación, pero no de política. . . yo soy su discípulo, pero se le ha metido la manía presidencial y el pueblo mexicano no lo conoce . . . Como testigos de lo de Berrio hubo más de cuarenta personas, reunidas en el hotel principal . . . El sujeto de marras nos impidió hablar. Cuando un ingeniero sentado a mi lado, preguntó datos sobre la situación petrolera mexicana . . . el sujeto mitad polizonte, mitad agente político, expresó que estando pendiente la cuestión del petróleo colombiano, y estando esa cuestión encomendada exclusivamente al patriotismo del recién electo señor Olaya, no convenía que se fuera a dar lugar a que esas cuestiones se discutieran en presencia de un extranjero y en tono un poco energúmeno gritaba . . . que el maestro nos hable de la raza cósmica . . . Como ví que nadie se movía para echarlo del salón, me levanté y me fuí a dormir . . .

Y lo de Berrio se juntaba a lo de Cartagena. Ay Cartagena de Indias, que para mí fue Cartagena de Andian . . . la compañía petrolera local . . . Lo de Cartagena me lo he callado, pero el señor Nieto me obliga a hablar en interés de Colombia, pues me alarma que persona de su prestancia niegue la verdad de la infiltración imperialista que usa la mentira para enturbiar nuestro criterio . . . Escuche don Luis Eduardo lo que él sabe, acaso mejor que yo, pero no lo sabe el pueblo de Colombia.

Lo de Cartagena es así: El Consejo Municipal me invitó a visitar la ciudad y preparó un banquete en mi honor. La Legislatura de la provincia, siguiendo el ejemplo de la Legislatura de Barranquilla, votó dos mil dólares para los gastos de mi recepción. Se estimó que la mitad de esta suma se emplearía en pagar dos o tres conferencias para obreros, igual que en Barranquilla. Se me estaba evitando de esta manera y por espontáneo sentimiento público el que yo cayera en la penosa necesidad de abrir taquilla. Es decir, se había comenzado a hacer conmigo lo que se hace con profesores o pensadores extranjeros cuyos honorarios asume alguna Universidad o Institución nacional . . . Es costumbre uni-